

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo VIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1972

S U M A R I O

	Páginas
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS	
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1971, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
ESTUDIOS	
Aportaciones de Madrid a la guerra de Granada, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	15
Iglesias columnarias con bóvedas de crucería en la provincia de Madrid, por <i>Aurea de la Morena</i>	105
Descripción de los objetos artísticos y piadosos del camarín de Santa Teresa del Escorial. II, por <i>Gregorio de Andrés</i>	115
Homenaje de Lope de Vega a Francia, por <i>Joaquín de Entrambasaguas</i>	129
Más documentos sobre impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	159
Fracaso del Monte de Piedad Concejil Madrileño pedido por Olivares, por <i>José María Sanz García</i>	193
Notas sobre el convento de la Trinidad, por <i>José del Corral</i>	231
La Real Inclusa de Madrid a finales del siglo XVIII, por <i>Paula de Demiersson</i>	261
Una casa a construir en la esquina de la calle de la Luna y de la Cruz Verde, por <i>Florentino Zamora Lucas</i>	273
Notas geográfico-históricas de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	279
Madrid y la Santa Hermandad Vieja de Ciudad Real (siglos XVIII y XIX, por <i>María del Carmen Pescador del Hoyo</i>	309
Solidaridad geográfica en Madrid, por <i>José Gómez Pérez</i>	355
Hambre, mendicidad y epidemia en Madrid (1812-1823), por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	371
En los comienzos de la primera guerra carlista. Una evocación de Fortuny, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	395
Una madrileña olimpiada teatral y musical, por <i>José Subirá</i>	401

	Páginas
Notas sobre la visión de Madrid en la novela postromántica, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	419
Divagaciones sobre el poeta madrileño Mauricio Bacarisse (1895-1931), por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	439
La Educación General Básica y problemas que su implantación supone en un ámbito municipal, por <i>Antonio Aparisi Mocholi</i>	455
Sobre el veraneo de los madrileños. Comentarios a una encuesta vacacional, por <i>José María Sanz García</i>	471

BIBLIOGRAFIA

Impresos raros de tema madrileño (siglo XVIII), por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	481
Notas bibliográficas sobre programas de exámenes públicos celebrados en Madrid, de 1632 a 1844, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	501
Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	519

MATERIALES DE TRABAJO

Noticia de documentos de tema madrileño, por <i>Alejandro Martín Ortega</i>	529
Tres documentos para la Historia del Arte madrileño, por <i>María Teresa Baratech Zalama</i>	539

EN LOS COMIENZOS DE LA PRIMERA GUERRA CARLISTA. UNA EVOCACION DE FORTUNY

POR ENRIQUE PARDO CANALÍS

Sabido es que los chispazos iniciales de la primera guerra carlista se produjeron pocos días después de la muerte de Fernando VII, acaecida en 29 de septiembre de 1833. Como él mismo presintiera, con frase gráfica, el tapón de la botella de cerveza no tardó en saltar, confirmando los peores augurios de un destino abominable. María Cristina de Borbón, su viuda, a la que calificarla de inconsolable parece un alarde temerario, contraía matrimonio secreto con Fernando Muñoz en la madrugada del 28 de diciembre de ese mismo año, cuando ya la nación, en armas, se aprestaba a la feroz contienda fratricida.

Al cabo de cuatro días, no más, es decir, el 1 de enero de 1834, la Reina Gobernadora pasaba revista a las tropas de guarnición en la Corte: infantería, caballería, artillería, milicias provinciales y guardias de la Real Persona. Según la puntual referencia de la *Gaceta*, el suceso tuvo por escenario «el campo propiamente llamado de los Guardias»¹, consistente «en una vasta pradera rectangular, rodeada de colinas por cuyo centro atraviesa el camino de Fuen-carral»². Por la misma fuente de información sabemos que la Gobernadora se presentó a caballo, acompañada del Mariscal de Campo, Don José Pacheco, y Benavides. Adelantóse a recibirla el Capitán General de Castilla la Nueva, Don Manuel Freyre; el Comandante General de Cuartel, Conde de San Román; el Ministro interino de la Guerra y otros generales, entre ellos el heroico defensor de Zaragoza, Don José de Palafox; el Marqués de las Amarillas y los Inspectores generales de las Armas. Hubo aclamaciones, vítores y reparto de

¹ Conocido generalmente por Campo de Guardias, de gran celebridad después con motivo de la *Vicalvarada*, allí iniciada.

² A «extramuros y al norte de la población».

condecoraciones, terminado lo cual Doña María Cristina revistó la formación, sin que con ello concluyera la memorable jornada, a juzgar por este remate ditirámico: «Dirigiéndose después hacia Madrid, por el mismo camino de Fuencarral, se situó en la espaciosa glorieta que en él se encuentra, adonde llegó al mismo tiempo en un coche abierto la inocente y joven Reina Isabel, delicia de los españoles»³.

No fue ésta la única revista militar de la Reina en los comienzos de la primera guerra carlista. Naturalmente debieron de repetirse y así encontramos en la propia *Gaceta de Madrid* información acerca de la celebrada el sábado 21 de junio del mismo año, con motivo del traslado del Ejército de operaciones de Portugal, destinado a reforzar el del Norte. Establecido el cuartel general en Leganés, se eligió, al efecto, «el vasto campo inmediato a Alcorcón», por no haber otro que se encontrara despejado de mieses entre los más próximos a la capital. Según la versión de que disponemos: «A las seis y media de la tarde se presentó a la derecha de la línea en un landó abierto S. M. la Reina Gobernadora, llevando a su derecha a S. M. la Reina Doña Isabel II»⁴.

Añadamos únicamente que el vistoso acontecimiento concluyó cerca del anochecer.

La guerra siguió su curso, llegándose al final en agosto de 1839 con el simbólico *abrazo de Vergara*. En octubre del año siguiente Doña María Cristina, renunciando a la gobernación del Reino, abandonaba España y se instalaba en París, regresando triunfalmente a la Villa y Corte en 1844, pero a consecuencia del pronunciamiento de 1854, hubo de repatriarse nuevamente, estableciéndose en el Palacio de los Campos Elíseos, de la capital francesa, y con posterioridad en El Havre —Sainte-Adresse—, donde murió el 22 de agosto de 1878.

Preciso es que volvamos la vista atrás.

En plena guerra carlista, el 11 de junio de 1838, nacía en Reus una figura máxima entre nuestros pintores del siglo XIX. Claro es que aludimos a Mariano Fortuny, cuya biografía no es de este lugar, si bien hemos de fijarnos en un episodio estrechamente relacionado con el tema.

Hacia 1865, al dejar de disfrutar la pensión concedida y retirada por la Diputación de Barcelona, recibía el encargo de pintar para uno de los techos del Palacio de los Duques de Riánsares un lienzo representando a la Reina

³ *Gaceta de Madrid*, del 4 de enero de 1834.

⁴ *Gaceta de Madrid*, de 22 y 23 de junio.



Revista de tropas por la Reina Gobernadora e Isabel II durante la primera guerra carlista,
por Fortuny.



Detalle del cuadro de Fortuny.

Gobernadora pasando revista a las tropas de los alrededores de Madrid durante la primera guerra carlista ⁵.

Fortuny, que ocupaba por entonces en la romana Vía Flaminia el *Studio di Papa Giulio* —según decía, por su emplazamiento en la antigua *Vigna di Papa Giulio III*—, cerca de la Porta di Populo, llevó a cabo felizmente el encargo recibido, enviado a París para su colocación en el lugar designado. El Barón Davillier, íntimo amigo de Fortuny, y autor de una espléndida biografía sobre el artista, publicada en 1875, atestigua en esta fecha que dicho cuadro se encontraba *in situ*, pero lastimosamente perforado para dar paso al colgante de una lámpara ⁶. Deplorable ocurrencia que hubo de repararse después, aunque dejando huella todavía perceptible.

Aunque luego habremos de volver sobre las vicisitudes pasadas posteriormente, hora es ya de contemplar tan magnífica obra, hoy instalada en el Casón del Buen Retiro (lám. I).

Como resulta visible, el lienzo adopta la forma de óvalo y presenta dos zonas ostensiblemente diferenciadas. En la inferior, hacia la derecha, como entrando en escena, muéstrase en un landó abierto —más adelante nos detendremos sobre este punto— a la Reina Gobernadora, de negro, llevando a su derecha a Isabel II, niña entonces de tres años. Presta escolta un brillante grupo de generales, entre los cuales, el más próximo, señala con el brazo el campo de operaciones. Rindiendo honores, un destacamento de fuerzas montadas espera el paso de la regia comitiva; detrás, ordenadamente dispuestas, cuatro piezas de artillería con sus respectivos servidores. El carruaje real se dispone a girar hacia la izquierda en un escorzo admirable de rotundo acierto. Precediéndole, a la cabeza, un gallardo jinete sobre brioso corcel viene a ocupar precisamente el primer término de la composición.

En el plano superior, contemplamos en animada gradación de perspectiva y efectos, todo un despliegue bélico, entre denodados beligerantes. La disposición enfrentada de uno y otro bando —claramente diferenciados en su indumentaria—, las incidencias propias del combate —muertos y heridos, sin que falte la aprehensión de un prisionero—, la relevante presencia del jefe tocado con boina blanca destacándose de sus inmediatos seguidores, el escalonado avance de los contendientes en ordenada distribución de masas, la accidentada configuración del terreno, el humo de la pólvora y el convoy que, a lo lejos, refuerza la línea terminal del horizonte, todo parece responder, a nuestro juicio, más que a representar una escaramuza de tantas o un simu-

⁵ JOAQUIM FOLCH I TORRES: *Fortuny*. Reus, 1962.

⁶ BARÓN DAVILLIER: *Fortuny. Sa vie, son oeuvre, sa correspondance avec cinq dessins inédits en fac-simile et deux eaux-fortes originales*. París, 1875.

lacro ocasional, a evocar episódicamente la lucha dramática entablada entre españoles en el transcurso de la primera guerra carlista.

Diríamos que Fortuny, con toda la viveza de su inspiración y toda la maestría de su técnica, trazó en este lienzo espléndido —pintado treinta años después del episodio a que se refiere— una pura evocación del pasado, rindiendo un plástico tributo a la sugestión histórica, pero complaciendo, a la vez, a la protagonista que se lo había encargado. Todo ello resuelto con ese dominio del dibujo y esa jugosidad de colorido —con lúcidos contrastes y toques primorosos— que, dentro de una magistral composición, le confieren una calidad sobresaliente.

Que Fortuny, sin menoscabo de su aliento creador, tomase algunos apuntes y noticias para la preparación de su obra es cosa que a nadie puede sorprender, menos todavía conociendo la escrupulosidad observada por los pintores de Historia. Aparte de las informaciones que recogiera a viva voz, quizás manejara las mismas *Gacetas* citadas anteriormente, aunque la mera comprobación del texto y la pintura no permite establecer una rigurosa correlación, salvo —como indicaremos después— en la fecha de la primera. En cuanto a los retratos de las Reinas, por su evidente parecido, los tomaría probablemente de testimonios fidedignos. Sobre el paisaje es verosímil que dispusiera de algún apunte que modificara convenientemente. Muy en cuenta debió de tener la propiedad de los uniformes militares y palatinos. Y más aún el carruaje (lám. II) —coche de tres troncos con servidumbre individual en el pescante *de tumba* y doble en el *pulpitillo*⁷—, ajustándose evidentemente al tipo de landó real, muy usado por la Corte en el siglo XIX⁸. Que Fortuny debió de fijarse y estudiar especialmente tal modelo, parece confirmarlo el hecho de que entre las obras sacadas a subasta a la muerte del artista figuró un estudio sobre *El coche de la Reina Cristina*⁹, vendido en mil cien francos¹⁰.

⁷ «Se llaman landós a los vehículos de cuatro ruedas con capotas de cuero que se pueden abrir en dos, cayendo por detrás de los asientos colocados en posición *vis-à-vis*. El landó procede de Alemania, de Landau, pequeña ciudad del Palatinado bávaro a la que debe su nombre; pero como su difusión ocurrió en el siglo XVIII, cuando todo lo francés privaba en Europa, se da la curiosa circunstancia de que nosotros, los españoles, debamos dar la pronunciación francesa al nombre de la ciudad alemana, porque la palabra landó ya ha recibido el espaldarazo de la Real Academia de la Lengua.

Es el landó un carruaje que ofrece la ventaja de poderse usar indistintamente como vehículo abierto y como vehículo cerrado.»

ISABEL TURMO: *Museo de Carruajes*. Editorial Patrimonio Nacional. Madrid, 1969.

⁸ Agradecemos a la señorita Paulina Junquera la amable información facilitada sobre este punto.

⁹ Lienzo de 20 cm. de alto por 28 de ancho. Aparece registrado con el número 45 (página 24). *Atelier de Fortuny*. París, 1875.

¹⁰ H. MIREUR: *Dictionnaire des ventes d'art*. Tomo III. París, 1911.

Complementando la historia del cuadro de Fortuny, una reciente investigación nos permite ofrecer en estas páginas un testimonio documental que por su contenido y procedencia resulta singularmente valioso.

Encontrándose en París, en 1893, Raimundo de Madrazo —hijo de Federico y cuñado de Fortuny—, elevó al entonces Ministro de Fomento¹¹ una instancia redactada en los términos siguientes:

Exmo. Señor:

El eminente y malogrado pintor Don Mariano Fortuny, cuya pérdida lamentan todavía todos los amantes de las glorias patrias, pintó estando en Roma y por encargo de la difunta Reina Doña María Cristina de Borbón, un cuadro que representa uno de los episodios interesantes de nuestras contiendas civiles. La Reina Cristina con su hija la Reina Isabel, pasando revista a las baterías de Artillería que defendían Madrid el año 1833.

Vicisitudes de la vida hicieron que dicho lienzo saliese a la venta, y deseoso el que abajo firma de que una obra que tanto honor hacía al privilegiado pincel de Fortuny no desapareciese de nuestro continente y que a ser posible fuese a enriquecer las galerías de nuestro gran Museo de Pinturas, hizo un sacrificio para adquirir el cuadro, el cual continúa en su poder, habiéndose resistido siempre a que pasase a manos extrañas.

Es imposible, como sabe V. E. muy bien, adquirir hoy lienzos pintados por el esclarecido autor de *La Vicaría*, pues se hallan diseminados y en poder de particulares opulentos que no los cederían por ningún precio, y teniendo en cuenta que en nuestra Pinacoteca no existe más que un boceto pintado por Fortuny, yo me encuentro dispuesto a ceder el cuadro que poseo y que mide 4 metros 55 de ancho por 3 metros de alto, al Museo del Prado, y espero que la Real Academia de San Fernando emita un dictamen favorable y encuentre equitativo el precio de cuarenta mil pesetas en que estimo podría llevarse a cabo esta cesión, teniendo en cuenta que no me mueve a ello ninguna idea de lucro, pues como es sabido si tal fuese mi intención hace tiempo que el lienzo de Fortuny estaría fuera de mi estudio.

En vista de lo que tengo la honra de someter a la reconocida ilustración de V. E.

Ruego a V. E. que si lo cree conveniente, se sirva dar curso a esta exposición, dando anticipadas gracias a V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.

Exmo. Señor.

R. de Madrazo

París, 8 de Enero de 1893.

Exmo. Señor Ministro de Fomento.

Del texto reproducido, admirable por varios conceptos, son varios los extremos que se deducen. En primer término, confirma el origen del encargo recibido y su ejecución en Roma. Esclarece definitivamente el tema o el asunto del cuadro que, por leve confusión de fechas, bien pudiera corresponder

¹¹ Desde el 11 de diciembre anterior era titular del Departamento Don Segismundo Moret, en el Gobierno presidido por Sagasta.

a la revista de 1 de enero de 1834, conforme a la descripción de la *Gaceta*. Informa, aunque de pasada, respecto de las vicisitudes sufridas, teniendo que salir a la venta. Valora debidamente, con agudeza crítica, la importancia artística de la obra. Y llevado de espíritu patriótico ofrece su adquisición por un precio, si no módico —para la época—, no abusivo en modo alguno ¹².

Consta que el escrito de Madrazo tuvo entrada en el Ministerio de Fomento cinco días después de la fecha que consigna, es decir, el 13 de enero. Pero inexplicablemente hasta el 16 de septiembre de ese año la Dirección General de Instrucción Pública no lo pasó a informe de la Academia de San Fernando. Cumplimentando lo dispuesto, el Secretario General, Simeón Avalos, en oficio de 28 de noviembre, informaba laudatoriamente sobre «el mérito indisputable de Fortuny, la importancia del cuadro» y demás motivos alegados por Madrazo, estimando, en definitiva, «útil y conveniente la adquisición por el Estado» de la obra en cuestión, por el precio de cuarenta mil pesetas que señalaba su propietario.

A la vista de tan favorable dictamen, el Negociado correspondiente apoyó la adquisición, aunque cicateramente rebajó la suma a veinticinco mil pesetas, no siendo ello lo más lamentable, sino que aduciendo la exigüedad de los fondos disponibles, proponía que el importe se abonara «con cargo a tres presupuestos en la siguiente forma: nueve mil quinientas en el vigente, y ocho mil en cada uno de los sucesivos». Lo que venía a agravarse por el hecho que el Real Decreto de 1 de mayo de 1883 establecía que para aquellas atenciones que sobrepasaran los límites del presupuesto normal se requería autorización del Consejo de Ministros. Como así hubo de obtenerse en septiembre de 1894, aprobándose por Real Orden y en la suma indicada la debatida adquisición.

En cumplimiento de lo dispuesto, el Director del Museo Nacional de Pintura y Escultura, Vicente Palmaroli, oficiaba en 13 de noviembre de ese año al Director General de Instrucción Pública, notificándole que se había hecho cargo del cuadro de Fortuny, que más tarde pasaría al recién creado Museo de Arte Moderno. Por otra parte, según notas que hemos visto en el oportuno expediente, el 28 de noviembre se abonaban nueve mil pesetas, seis mil quinientas en 5 de septiembre de 1895 y, al parecer, en abril de 1898, el resto de nueve mil quinientas pesetas.

¹² Archivo Histórico Nacional. Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, legajo 6.624.